

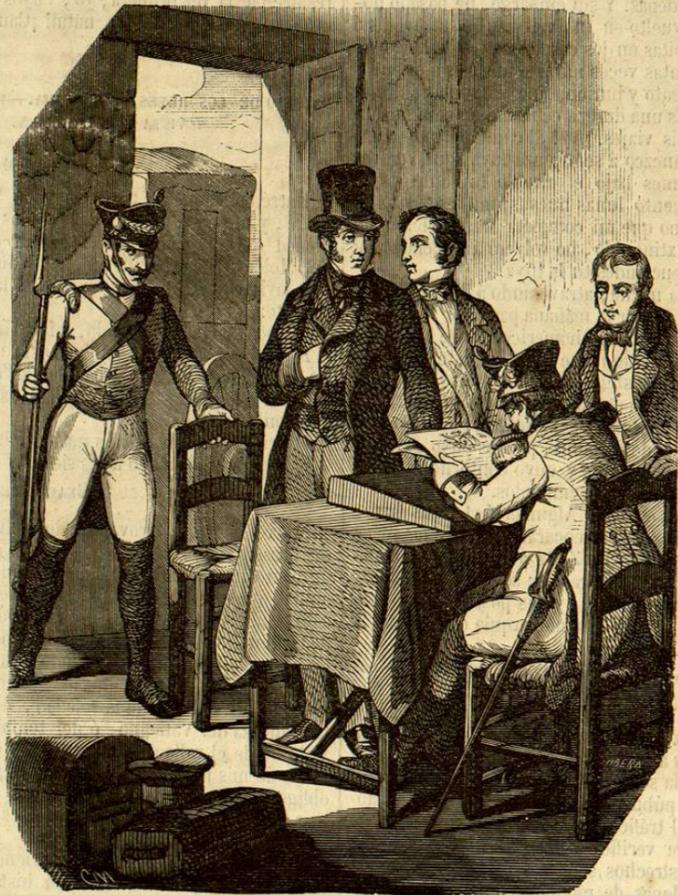
de centinela. Aquella guardia extranjera; aquellos uniformes blancos á la puerta del rey de Francia, me causaban una impresion penosa. Ocurrieme la idea de una prision antes que la de un palacio.

Pasamos tres salones oscuros y casi desamueblados, y parecíame vagar todavia por el imponente monasterio del Escorial. Mr. de Blacas me dejó en el tercer salon para ir á avisar al rey con la misma etiqueta que en las Tullerías. Volvió á buscarme, me introdujo en el despacho de S. M., y se retiró.

Carlos X se acercó á mí, y me tendió la mano cordialmente, diciendome:—«Bien venido bien venido.

Mr. de Chateaubriand; mucho me alegró de veros: os aguardaba. No hubiérais debido venir esta noche, porque estareis muy cansado. No esteis de pié: sentémonos. ¿Cómo está vuestra esposa?»

Nada quebranta tanto el corazon como la sencillez de las palabras en las posiciones elevadas de la sociedad y en las grandes catástrofes de la vida. Echeme á llorar como un niño, y apenas podia sofocar con mi pañuelo el ruido de mis lágrimas. Todas las cosas osadas que habia hecho propósito de decir; toda la vana é inflexible filosofia de que pensaba armar mis discursos, todo me faltó. ¡Yo convertirme en peda-



ADUANA AUSTRIACA.

gogo de la desgracia! ¡Yo atreverme á hacer observaciones á mi rey, á mi rey de cabellos blancos, á mi rey proscripto, desterrado, próximo á dejar en tierra extranjera sus restos mortales! Mi anciano príncipe me tomó de nuevo de la mano al ver la turbacion de ese implacable enemigo, de ese duro combatiente de las ordenanzas de julio. Sus ojos estaban humedecidos; hizome sentar al lado de una mesita de madera, sobre la que habia dos velas: sentóse al lado de la misma mesa, inclinando hácia mí su oído bueno para oír mejor, advirtiéndome así de sus años, que venian á mezclar sus achaques comunes á las calamidades extraordinarias de su vida.

Erame imposible volver á hallar la voz al ver en la morada de los emperadores de Austria al sexagési-

mo octavo rey de Francia, encorvado bajo el peso de aquellos reinados y de setenta y seis años: de estos años, veinte y cuatro habian trascurrido en el destierro y cinco sobre un trono vacilante: el monarca acababa sus últimos dias en un último destierro, con el nieto cuyo padre habia sido asesinado y cuya madre se hallaba prisionera. Carlos X, con el fin de interrumpir este silencio, me dirigió algunas preguntas. Entonces le expliqué brevemente el objeto de mi viaje; me anunció como portador de una carta de la duquesa de Berry, dirigida á la delfina, en la que la prisionera de Blaye confiaba el cuidado de sus hijos á la prisionera del Temple, como práctica en la desgracia. Añadí que traia tambien una carta para los hijos. El rey me respondió:—«No se la entregueis: ellos ig-

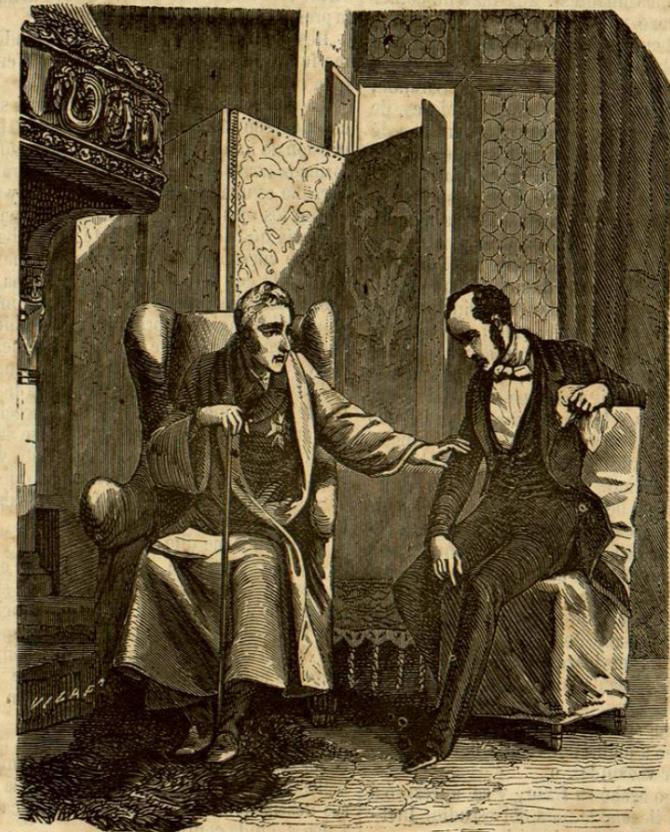
noran en parte lo que ha sucedido á su madre: dadme esa carta. Además, hablaremos de todo esto mañana á los dos: idos á acostar. Vereis á mi hijo y á los niños á las once, comereis con nosotros.» El rey se levantó, me dió las buenas noches, y se retiró.

Sali, y me reuní con Mr. de Blacas en el salon de entrada: el guia me esperaba en la escalera. Volví á mi habitacion, bajando las calles sobre un empedrado escurridizo con tanta rapidez como lentitud habia empleado en subir las.

EL DELFIN.—LOS INFANTES DE FRANCIA.—LOS DUQUES DE GUICHE.—TRIUNVIRATO.—LA INFANTA.

Praga 25 de mayo.

El dia siguiente, 25 de mayo, recibí la visita del conde de Gosse, alojado en mi posada, y me refirió las disidencias del palacio relativamente á la educacion del duque de Burdeos. A las diez y media subí á Hrad-



CHATEAUBRIAND Y CARLOS X.

schin: el duque de Guiche me introdujo en la habitacion del delfin, y le encontré delgado y envejecido. Iba vestido con un frac muy raído abrochado hasta la barba, y que por lo largo que le venia parecia comprado en prendería, el pobre príncipe me causó extremada compasion.

El delfin tiene valor: su obediencia á Carlos X era lo único que le habia impedido mostrarse en Saint-Cloud y en Rambouillet como se habia mostado en Chiclana: su carácter se ha hecho mas agreste, y le causa repugnancia la vista de un semblante nuevo. Muchas veces suele decir al duque de Guiche:—«¿Por qué estais aquí? No necesito de nadie: no hay ratonera bastante pequeña para ocultarme.»

Con frecuencia se le oia decir:—«Que no hablen de mí; que no se ocupen de mí; nada soy, ni quiero ser nada. Tengo veinte mil francos de renta, y es mas de lo que necesito. No debo pensar mas que en

mi salvacion y en tener un buen fin.» Tambien ha dicho:—«Si mi sobrino necesitase de mí, le serviria con mi espada, pero he firmado contra mi gusto mi abdicacion por obedecer á mi padre: no la renovaré, ni firmaré ya nada, que me dejen en paz. Mi palabra basta, pues yo nunca miento.»

Y así es la verdad: su boca no ha dicho jamás mentira alguna; lee mucho, y es bastante instruido, aun en idiomas: su correspondencia con Mr. de Villele durante la guerra de España tiene su mérito, y su correspondencia con la delfina, interceptada é inserta en *El Monitor*, hace que se le ame. Su probidad es incorruptible; su religion profunda; su piedad filial se eleva hasta la virtud; pero una timidez invencible quita al delfin el uso de sus facultades.

A fin de que estuviese mas á su placer, evité hablarle de politica, y me limité á informarme de la salud de su padre; asunto sobre el cual nunca sabe

acabar de hablar. La diferencia de clima de Edimburgo y Praga, la gota continua del rey, los baños de Toepnitz que este iba á tomar, lo bien que le sentarian: tal fue el asunto de nuestra conversacion. El delfin vela sobre Carlos X como pudiera hacerlo sobre un niño: le besa la mano cuando se acerca á él; se informa de cómo ha pasado la noche, alza su pañuelo; habla alto para que le oiga; le impide comer lo que puede hacerle daño; le hace poner ó quitar una levita, segun el grado de calor ó de frio: le acompaña á paseo, y le trae á su casa. No habló de otra cosa: ni una palabra de las jornadas de julio, ni de la caída de un imperio, ni del porvenir de la monarquía.—«Son ya las once, me dijo, y vais á ver á los infantes: á la hora de comer nos veremos de nuevo.»

Condujéronme al cuarto del gobernador, abriéronse las puertas, y vi al varon de Damas con su alumno, á Mad. de Gontaut con la infanta, á Mr. de Barande, á Mr. Lavillat, y algunos otros leales servidores, de él todos. El jóven príncipe, asustado, me miraba de lado y miraba á su gobernador como para preguntarle qué debía hacer; de qué modo habia de proceder en tal peligro, ó como para obtener el permiso de hablarle. La infanta medio se sonreía, de una manera tímida é independiente, y parecia prestar atencion á los actos y ademanes de su hermano. Mad. de Gontaut se mostraba orgullosa de la educacion que le habia dado. Despues de saludar á los dos príncipes, me dirigí al huérfano, y le dije:—«¿Me permite Enrique V que ponga á sus piés el homenaje de mi respeto? Cuando vuelva á ocupar el trono, quiz se acuerde que tuve el honor de decir á su madre:—«Señora, vuestro hijo es mi rey.» De consiguiente yo he sido el primero en proclamar á Enrique V rey de Francia, y un jurado francés, absolviéndome, ha dejado subsistente mi proclamacion. ¡Viva el rey!»

Aturdido el príncipe de oírse llamar rey, y de oír hablar de su madre, de quien nunca le hablaban, retrocedió hasta donde estaba el baron de Damas, pronunciando algunas palabras acentuadas, pero casi en voz baja. Dije á Mr. Damas:

—«Señor varon, parece que mis palabras admiran al rey: veo que nada sabe de su valerosa madre, y que ignora lo que sus servidores tienen á veces la dicha de hacer por la causa de la monarquía legítima.»

El gobernador me contestó:

—«Se hace saber á monseñor lo que fieles súbditos como vos, señor vizconde...»

Mr. de Damas no acabó su frase, y se apresuró á declarar que habia llegado la hora del estudio. Invitéme para la leccion de equitacion á las cuatro.

Fuí á hacer una visita á la duquesa de Guiche alojada bastante lejos de allí, en otra parte del palacio: necesitábase cerca de diez minutos para cruzar hasta allí de corredor en corredor. Estando de embajador en Londres di una pequeña fiesta en honor de Madama de Guiche, en todo el brillo á la sazón de su juventud, y seguida de una turba de adoradores: en Praga la encontré cambiada; pero me agradaba mas la expresion de su rostro. Su peinado le sentaba muy bien: sus cabellos, cogidos en pequeñas trenzas, como los de una odalisca ó los de una medalla de Sabina, caian formando onda por los lados de su frente. La duquesa y el duque de Guiche representaban en Praga la belleza encadenada á la adversidad.

Mad. de Guiche habia sido informada de lo que yo habia dicho al duque de Burdeos, y me noticié que se queria alejar á Mr. de Barande: que se trataba de llamar jesuitas, y que Mr. de Damas habia suspendido, pero no abandonado, sus designios.

Existía un triunvirato compuesto del duque de Blacas, del baron de Damas y del cardenal Latil, que aspiraba á apoderarse del reinado futuro, aislando al jóven rey y educándole en principios y por hombres

antipáticos á Francia. El resto de los habitantes del palacio intrigaba contra el triunvirato; los mismos infantes estaban al frente de la oposicion. Esta sin embargo, tenia diferentes matices; el partido Gontaut no era enteramente el partido Guiche; la marquesa de Bouille, trasfuga del partido Berry, se ponía del lado del triunvirato con el abate Moligny. La delfina, colocada á la cabeza de los imparciales, no era precisamente favorable al partido de la jóven Francia, representado por monsieur de Barand; pero como miraba al duque de Burdeos, se inclinaba con frecuencia hácia su lado, y le sostenía contra su gobernador.

Mad. de Agoult, adicta en cuerpo y alma al triunvirato, no tenia otro crédito con la delfina que el de la presencia y el de la importunidad.

Despues de haber cumplido con Mad. de Guiche, me fui á ver con Mad. de Gontaut, la cual me esperaba con la princesa Luisa.

La infanta hace recordar un tanto á su padre: sus cabellos son blondos; sus ojos azules tienen una expresion de finura; pequeña para su edad, no está tan formada como la representan sus retratos. Toda su persona es una mezcla de niña, jóven y princesa: mira con los ojos bajos, y sonríe con una sencilla coquetería que no carece de arte: no sabe uno si debe referirle cuentos de hadas ó hacerle una declaracion, ó hablarle con respeto como á una reina. La princesa Luisa une á las habilidades de adorno mucha instruccion: habla inglés, y principia á saber bien el alemán: hasta tiene un poco de acento extranjero, y principia ya á marcarse el destierro en su lenguaje.

Mad. de Gontaut me presentó á la hermana de mi pequeño rey: inocentes fugitivos, parecian dos gacelas ocultas entre ruinas. Presentóse la señorita de Vachon, aya segunda, jóven excelente y distinguida. Sentámonos, y Mad. de Gontaut me dijo:

—«Podemos hablar; la infanta lo sabe todo, y deplora con nosotros lo que vemos.»

La infanta me dijo al punto:

—«¿Qué necio ha estado Enrique esta montaña! El abuelo nos habia dicho:—«A ver si adivináis á quien vais á ver mañana: es una potencia de la tierra.» Nosotros le dijimos:—«Será el emperador.—No, nos dijo el abuelo.» Entonces nos pusimos á pensar, pero no acertamos.—«Es al vizconde de Chateaubriand, nos dijo el abuelo;» y me dí con el puño en la frente por no haberlo adivinado.»

Y la princesa se golpeaba la frente ruborizándose como una rosa, y sonriendo graciosamente con sus bellos ojos, dulces y húmedos. Yo ardía en respetuosos deseos de besar su pequeña y blanca mano.

En seguida continuó:

—«¿No visteis lo que os dijo Enrique cuando le recomendásteis que se acordara de vos? Pues dijo:—«¡Oh, sí, siempre!» Pero con una voz tan baja! Tenia miedo á vos y á su gobernador. Yo le hacia señas. ¿Lo visteis? Esta noche quedaréis mas contento, pues hablará: ya lo vereis.»

Esta solicitud de la jóven princesa hácia su hermano era encantadora, y yo me hacia reo casi de lesa-magestad. La infanta lo conocia, y eso le daba cierto aire de conquista que le sentaba admirablemente bien. Apresuráme á tranquilizarla sobre la impresion que me habia dejado Enrique.

—«Tenia gran placer, me dijo, en oiros hablar de mamá delante de Mr. de Damas. ¿Saldrá pronto de la prison?»

Sabido es que yo traía una carta de la duquesa de Berry para los infantes; pero no les hablé de ella, porque ignoraban las circunstancias posteriores del cautiverio. El rey me habia pedido esa carta; pero creí que no debía dársela, y si llevarla á la delfina, á quien venia yo enviado, y que estaba tomando á la sazón los baños de Carlsbad.

Mad. de Gontaut me repitió lo que me habia dicho

Mr. de Cossé y Mad. de Guiche. La infanta se lamentaba con una formalidad de niña. Habiendo hablado su aya de la separacion de Mr. de Barande y de la llegada probable de un jesuita, la princesa Luisa se cruzó de manos, y dijo suspirando:

—«¡Eso será muy impopular!»

Yo no pude menos de reirme, y la princesa hizo lo mismo, ruborizándose siempre.

Quedábame algunos instantes ante de la audiencia del rey. Subí al carruaje, y fui á ver al gran burgrave, el conde de Chotek. Habitaba este una casa de campo, á media legua de la ciudad, por el lado del palacio. Le encontré en casa, y le di las gracias por su carta. El conde me invitó á comer para el lunes 27 de mayo.

CONVERSACION CON EL REY.

Habiendo vuelto á palacio, á las dos fui introducido como el dia antes á presencia del rey por Mr. de Blacas. Carlos X me recibió con su bondad acostumbrada y ese elegante desembarazo que los años hacen en él cada vez mas sensible. Hizome sentar de nuevo junto á su pequeña mesa. Véase cuál fue nuestra conversacion.

—«Señor, la señora duquesa de Berry me ha mandado que venga á veros y presentar una carta á la delfina. Ignoro lo que contiene esa carta, no obstante hallarse abierta y está escrita con limon, igualmente que la carta para los infantes. Pero en mis dos credenciales, la una ostensible y la otra confidencial, me explica María Carolina su pensamiento. Como dije ayer á V. M., pone durante su cautiverio á sus hijos bajo la proteccion particular de la señora delfina. La duquesa de Berry me encarga ademas que le dé cuenta de la educacion de Enrique V, llamado aquí el duque de Burdeos. Finalmente, la duquesa de Berry declara que ha contraído matrimonio secreto con el conde Hector Luchessi Palli, de familia ilustre. Estos matrimonios secretos de princesas, de que hay muchos ejemplos, no las privan de sus derechos. La duquesa de Berry pide que se la conserve en su condicion de princesa francesa, la regencia y la tutela. Cuando recobre su libertad se propone ir á Praga á abrazar á sus hijos y á poner sus respetos á los piés de V. M.»

El rey me contestó severamente, y yo saqué mi réplica lo mejor que pude de una recriminacion.

—«Perdóneme V. M.; pero se me figura que le han inspirado prevenciones: Mr. de Blacas debe ser enemigo de mi augusta cliente.»

Carlos X me interrumpió:

—«No; pero ella le ha tratado mal, porque la impedía hacer necedades y meterse en empresas locas.»

—«No le es dado á todo el mundo hacer necedades de esta especie: Enrique IV se batía como la duquesa de Berry, y, lo mismo que esta, no siempre tenia bastante fuerza.»

«Señor, continué: aun cuando no queráis que Mad. de Berry sea princesa de Francia, lo será á pesar vuestro: el mundo entero la llamará siempre la duquesa de Berry, la heroica madre de Enrique V: su intrepidez y sus padecimientos lo denominan todo: vos no podeis colocaros en el bando de sus enemigos; vos no podeis querer, á imitacion del duque de Orleans, manciillar con un mismo golpe á los hijos y á la madre: ¡tan difícil os es perdonar á la gloria de una madre!»

—«Pues bien, señor embajador, dijo el rey con un énfasis lleno de benevolencia: que la duquesa de Berry vaya á Palermo y viva allí maritalmente con Mr. Luchessi, á la vista de todo el mundo, y entonces se dirá á los infantes que su madre está casada y que vendrá á abrazarlos.»

Conocí que habia llevado ya el asunto demasiado

lejos; los puntos principales estaban obtenidos en su tres cuartas partes: la conservacion del título y la admision en Praga para una época mas ó menos remota. Seguro de conseguir el fin de mi empresa con la delfina, mudé de conversacion. Los ánimos obstinados se rebelan contra la insistencia, y con ellos se estropea todo, queriendo ganarlo á todo á viva fuerza.

Pasé á la educacion del príncipe en interés del porvenir, y sobre este punto fui poco comprendido. La religion ha hecho de Carlos X un solitario, y las ideas de este son del claustro. Deslicé algunas palabras sobre la capacidad de Mr. de Barande y le incapacidad de Mr. de Damas. El rey me dijo:

—«Mr. de Barande es hombre muy instruido; pero tiene mucho que hacer; hábiasele elegido para enseñar al duque de Burdeos las ciencias exactas, y le enseña todo: historia, geografía y latin. Yo habia llamado al abate Maccorthy, á fin de que compartiese el trabajo con Mr. de Barande; pero ha muerto, y he puesto los ojos en otro maestro que tardará en llegar.»

Estas palabras me hicieron estremecer, porque el nuevo maestro no podía ser otro que un jesuita para reemplazar á otro jesuita. El hecho de que en el estado actual de la sociedad en Francia le ocurriese á Carlos X la idea de poner al lado de Enrique V á un discípulo de Loyola, era para hacer desesperar de la raza.

Luego que volví de mi asombro, le dije:

—«¿Y no teme el rey el efecto que puede causar en la opinion la eleccion de un maestro sacado de las filas de una sociedad célebre, pero calumniada?»

El rey exclamó:

—«¡Bah! ¿Todavía andais á vueltas con los jesuitas?»

Hablé al rey de las elecciones y del deseo que tenían los realistas de conocer su voluntad. El rey me respondió:

—«Yo no puedo decir á un hombre: «Prestad juramento contra vuestra conciencia. Los que creen deber prestarlo obran sin duda con buena intencion. Yo, querido amigo, no tengo prevencion ninguna contra los hombres, y me importa poco su vida pasada cuando quieren servir sinceramente á la Francia y á la legitimidad. Los republicanos me escribieron á Edimburgo, y acepté, en cuanto á su persona, todo cuanto me pedian; pero quisieron imponerme condiciones de gobierno, y las deseché. Nunca cederé en cuanto á los principios: quiero dejar á mi nieto un trono mas sólido que el mio. ¿Son hoy los franceses mas felices y mas libres de lo que lo eran conmigo? ¿Pagan menos contribuciones? ¿Valiente vaca es esa Francia! Si me hubiese yo permitido la cuarta parte de las cosas que se ha permitido hacer el duque de Orleans, cuántos gritos y cuántas maldiciones! Ellos conspiraban contra mí; lo han confesado, y yo quise defenderme...»

El rey se detuvo como embarazado por la multitud de sus pensamientos, y el temor de decir alguna cosa que me lastimase.

Todo eso estaba bien; ¿pero qué entendia Carlos X por los principios? ¿Habia reflexionado sobre la causa de las conspiraciones, verdaderas ó falsas, urdidas contra su gobierno? El rey continuó, despues de un momento de silencio:

—«¿Cómo están vuestros amigos los Bertin? Ya sabeis que no tienen por qué quejarse de mí: son harto severos con un hombre desterrado, que no les ha hecho mal alguno, al menos que yo sepa. Pero, querido, yo no echo la culpa á nadie; cada cual se conduce como le parece mejor.»

Aquella dulzura de temperamento, aquella mansedumbre cristiana de un rey expulsado y calumniado, me hizo asomar lágrimas á los ojos. Quise decir unas cuantas palabras acerca de Luis Felipe.

—«¡Ah! respondió el rey: el duque de Orleans...

ha creído... ¡qué quereis!... los hombres son así.»

Ni una palabra amarga, ni una reconvencción, ni una queja salió de la boca del anciano tres veces desterrado. Y sin embargo, manos francesas habían echado abajo la cabeza de su hermano y atravesado el corazón de su hijo. ¡Tan rencorosas é implacables habían sido para él esas manos!

Elogió al rey con todo mi corazón y con voz conmovida. Preguntéle si no entraba en sus intenciones hacer cesar todas esas correspondencias secretas y despedir á todos esos comisionados que hacia cuarenta años estaban engañando á la legitimidad. El rey me aseguró que estaba resuelto á poner un término á esas impotentes intrigas: díjome que había designado ya algunas personas graves, en cuyo número me contaba, para componer en Francia una especie de consejo, propio para informarle de la verdad, y que Mr. de Blacas me lo explicaría todo. Supliqué á Carlos X que reuniese á sus servidores y me oyese; pero me remitió á Mr. de Blacas.

Llamé la atención del rey hacia la época de la mayoría de Enrique V, y le hablé de hacer una declaración, como cosa útil. El rey, que interiormente no quería semejante declaración, me invitó á presentarle el modelo. Respondí con respeto, pero con firmeza, que jamás formularía una acusación al pie de la cual no se hallara mi nombre por bajo del del rey. La razón era que no quería yo tomar bajo mi responsabilidad los cambios eventuales introducidos en un acta cualquiera por el príncipe de Metternich y por Mr. de Blacas.

Hice presente al rey que estaba demasiado lejos de Francia, y que había tiempo para hacer dos ó tres revoluciones en París antes de que él lo supiese en Praga. El rey replicó que el emperador le había dejado en libertad de elegir el punto de su residencia en todos los Estados austríacos, á excepción del reino de Lombardía.—«Pero, añadió S. M., las ciudades habitables en Austria, están todas, sobre poco más ó menos, á igual distancia de Francia: en Praga me hallo alojado por nada, y mi posición me obliga á este cálculo.»

Noble cálculo, por cierto, para un príncipe que había gozado por espacio de cinco años de una dotación de setenta millones anuales, sin contar las residencias reales; para un príncipe que había dejado á la Francia la colonia de Argel y el antiguo patrimonio de los Borbones, evaluado en una renta de veinte y cinco ó treinta millones.

—«Señor, le dije: vuestros fieles súbditos han pensado muchas veces que vuestra real indigencia podía tener necesidades, y están dispuestos á contribuir, cada cual según su fortuna, á fin de libraros de la dependencia del extranjero.»

—«Creo, mi querido Chateaubriand, me dijo riendo el rey, que no esteis más rico que yo. ¿Cómo habeis pagado vuestro viaje?»

—«Señor, me habría sido imposible llegar á vuestra presencia si la duquesa de Berry no hubiera dado orden á su banquero, Mr. Juan, para que me entregase seis mil francos.»

—«¡Bien poco es! exclamó el rey: ¿necesitais algún suplemento?»

—«No, señor; antes bien debería, dándome buena maña, volver algo á la pobre prisionera; pero no sé hacer lucir al dinero.»

—«En Roma vivisteis con grande esplendor.»

—«Siempre he comido á conciencia lo que el rey me ha dado: no me ha quedado de ello ni dos sueldos.»

—«Ya sabeis que tengo siempre á vuestra disposición vuestra dotación de par; no la habeis querido.»

—«No, señor; porque tenéis otros servidores más desgraciados que yo. Ya me habeis sacado de apuro en cuanto á los veinte mil francos que me quedaban de deudas del tiempo de mi embajada en Roma, des-

pues de los otros diez mil que tomé prestados á vuestro grande amigo Mr. Lafitte.

—«Yo os los debía, dijo el rey, y no era siquiera la mitad de lo que perdisteis con dar vuestra dimisión de embajador, que, entre paréntesis, me hizo bastante mal.»

—«Como quiera que sea, señor, debidos ó no, V. M., acudiendo en mi auxilio, me hizo un favor oportunamente, y yo le devolveré el dinero cuando pueda, pero no ahora, porque estoy pobre como un ratón: mi casa de la calle del Infierno está aun por pagar. Vivo revuelto con los pobres de Mad. de Chateaubriand, aguardando el alojamiento que ya visité con motivo de V. M. en casa de Mr. Gisquet. Cuando paso por una ciudad, me informo primero de si hay hospital: si lo hay, duermo á pierna suelta: habitación y comida, ¿qué necesidad hay de más?»

—«¡Oh! Eso no puede acabar así; vamos, Chateaubriand, ¿cuánto necesitaríais para ser rico?»

—«Señor, perderíais en ello el tiempo: si me diérais cuatro millones hoy por la mañana, no tendría ya una blanca á la noche.»

—«El rey me dió un golpecito en el hombro, diciéndome:

—«¡Sea enhorabuena! Pero, ¿en qué diablos gastais vuestro dinero?»

—«A fe mía, señor, que no lo sé, porque ni tengo caprichos ni hago gasto alguno: ¡esto es incomprendible! Soy tan necio que al entrar en el ministerio de Negocios Extranjeros no quise tomar los veinte y cinco mil francos de gastos de instalación, y al salir desdeñé escamotear los fondos secretos. Me habláis de mi fortuna para evitar hablar de la vuestra.»

—«Es verdad, dijo el rey: ved aquí ahora mi confesión: comiéndome mis capitales por porciones iguales de año en año, he calculado que, según la edad que tengo, podría vivir hasta mi último día sin necesitar de nadie. Si me hallase en la miseria preferiría acudir, como me proponéis, á franceses, antes que á extranjeros. Me han ofrecido abrir empréstitos, entré otros uno de treinta millones, que habría quedado cubierto en Holanda; pero he sabido que este empréstito cotizado en las principales bolsas de Europa haría bajar los fondos franceses, y eso me ha impedido adoptar el proyecto: nada que afectase la fortuna pública en Francia podía convenirme.»

¡Sentimiento digno de un rey! En esta conversación se notará la generosidad de carácter, la dulzura de costumbres y el recto juicio de Carlos X. Para un filósofo hubiera sido un espectáculo curioso el del súbdito y el rey interrogándose acerca de su fortuna y haciéndose mutua confesión de su miseria en el interior de un palacio debido á los soberanos de Bohemia.

ENRIQUE V.

Praga 25 y 26 de mayo de 1855.

Al salir de la anterior entrevista asistí á la lección de equitación de Enrique. Montó este dos caballos, el primero sin estribos al trote largo, y el segundo con ellos ejecutando vueltas sin llevar la brida y con una barita entre sus brazos y cuerpo. El niño era atrevido, y estaba elegante con su pantalón blanco, su vaquero, su cuellecito y su gorra. El instructor, Mr. O'Hegerty, padre, gritaba:

—«¿Qué pierna es esa! ¡Parece un palo! ¡Dejadla en libertad!... ¡Bien!... ¡Muy mal! ¿Qué tenéis hoy?» etc. etc. Terminada la lección, se detuvo el niño rey á caballo en medio del picadero, y quitándose bruscamente su gorra para saludarme en la tribuna donde estaba yo con el baron de Damas y algunos franceses, saltó á tierra, ligero y gracioso como el pequeño Juan de Saintré.

pes como infestados de infortunio, y sospechosos á los pueblos como si temiesen estos que aun les quedara algún poder.

COMIDA Y REUNION EN BRADSCHEIN.

Fuí á vestirme: habíanme avisado que podía conservar en la mesa del rey mi levita y mis botas; pero la desgracia es de condición demasiado elevada para acercarse á ella con familiaridad. Llegué al palacio á las seis menos cuarto, y la mesa estaba puesta en uno de los salones de entrada. Encontré en él al cardenal Latil, á quien no había vuelto á ver desde que comimos juntos en Roma en el palacio de la embajada, cuando la reunion del cónclave, despues de la muerte de Leon XII. ¡Qué cambio de destino para mí y para el mundo entre aquellas dos fechas!

Era aquel siempre el cleriguillo barrigudo, de nariz picuda y pálido semblante, tal como le había visto montado en cólera en la cámara de los Pares con un cuchillo de marfil en la mano. Asegurábase que no tenía la menor influencia, y que se le mantenía en un rincón sufriendo mil soñones: podría ser; pero hay valimientos de muchas clases, y el del cardenal no era menos seguro, aunque oculto, y lo sacaba de los largos años pasados al lado del rey y del carácter de sacerdote. El abate Latil ha sido un confidente íntimo: el recuerdo de Mad. de Pollastron va unido á la sobrepelliz del confesor: el encanto de las últimas debilidades humanas, y la dulzura de los primeros sentimientos religiosos se prolongan en recuerdos en el corazón del anciano monarca.

Sucesivamente fueron llegando Mr. de Blacas, Mr. A. Damas, hermano del baron, Mr. O'Hegerty, padre, y los señores de Cossé. A las seis en punto se presentó el rey, seguido de su hijo, y todos acudimos á la mesa. El rey me colocó á su izquierda, poniendo al delin á su derecha; Mr. de Blacas se sentó enfrente del rey, entre el cardenal y Mad. de Cossé: los demás convidados fueron colocados indistintamente. Los infantes no comen con su abuelo mas que los dominicos, lo cual es privarse de la única felicidad que queda en el destierro; la intimidad y la vida de familia.

La comida era escasa y bastante mala. El rey me elogió un pescado del Moldava que nada valia absolutamente. Cuatro ó cinco ayudas de cámara vestidos de negro andaban de un lado á otro como los legos en un refectorio: no había mayordomo ninguno. Cada cual tomaba de la fuente y ofrecía al inmediato. El rey comía bien, y pedía y servía él mismo lo que se le pedía. Estaba de buen humor, habiéndosele pasado el miedo que yo le había inspirado. La conversación vagaba en un círculo de lugares comunes acerca del clima de Bohemia, de la salud de la delina, de mi viaje, de las ceremonias de Pentecostés que debían tener lugar al día siguiente: ni una palabra de política. El delin, con la nariz metida en su plato, salía á veces de su silencio, y dirigiéndose al cardenal Latil:

—«Príncipe de la Iglesia, le decía, ¿el evangelio de hoy era según San Mateo?»

—«No, monseñor; según San Marcos.»

—«¿Cómo San Marcos?»

Grande disputa entre San Marcos y San Mateo, y el cardenal quedaba derrotado.

La comida duró cerca de una hora: levantóse el rey, y le seguimos hasta el salón. Estaban los diarios sobre una mesa, y sentóse cada cual á leer como en un café.

Entraron los infantes; el duque de Burdeos conducido por su ayo, y su hermana por el aya, y corrieron á abrazar á su abuelo, precipitándose en seguida hacia mí. Colocámonos en el hueco de una ventana que daba á la ciudad y tenía magníficas vistas, y renové mis elogios sobre la lección de equitación. La infanta